

“El Cuarto Lleno de Rosas”: Acabada Realización Escénica

Por J. M. Valdés-Rodríguez

“El cuarto lleno de rosas”, presentada por la Sala Hubert de Blanck, es muestra grandisima de capacidad de realización escénica. La escenografía, el mobiliaje, la decoración animados en cada ocasión por el juego atinado de la luz, constituyen uno de los aciertos de presentación con mayor categoría teatral en el año a punto de terminar. Y en cabal acuerdo con tan subido merecimiento la representación es digna del mejor aplauso, por el acabado ensamble del conjunto y la eficaz labor de cada uno de los artistas.



No es “El cuarto lleno de rosas” una obra maestra y trascendente pero sí bien concebida, construida con genuino tino teatral, evidenciadora de habilidad escénica. Un diálogo ágil y preciso mueve la acción con presteza y temperado ritmo al par que perfila con nitidez y consecuencia los personajes. Un hábito de vida, humanísima ocurrencia característica de la existencia actual en la sociedad norteamericana, traspasa de principio a fin la creación de Edith Sommers cuyos personajes trascienden sinceridad y verosimilitud. Si anotamos la presencia frecuente de la nota poética, tenue, de fina ley y tañida con oportunidad, habremos señalado los merecimientos de “El cuarto lleno de rosas”, comedia ligera, en torno a la vida conyugal norteamericana y a los accidentes y consecuencias que las leyes y costumbres pueden producir en la misma. Es, en suma, un cuadro de costumbres, leve, amable y emocionado, en el que apunta alguna vez una epidérmica intención crítica afirmativa, muestra de comprensión y de humana simpatía.

Cuqui Ponce de León lleva dadas muchas pruebas de su capacidad directriz. La ocasión actual acrecienta el merecido crédito de que goza. A la sensibilidad finísima y la inteligencia penetrante en la concepción y la realización de la puesta en punto escénico hemos de sumar ahora un sagaz y flexible sentido didáctico, que le ha permitido combinar con máximo provecho un reparto en el que figura una mayoría de artistas bisoños con algunos actores hechos. Ello debió traducirse en falta de unidad, en desigualdad, en carencia de ritmo, pero la representación de “El cuarto lleno de rosas” fué un dechado de labor de conjunto, de armoniosa y acabadísima fusión de elementos hasta lograr una interpretación sobresaliente por el alto coeficiente colectivo sin perjuicio del debido destaque de las actuaciones individuales.

Como consecuencia de ese ajustado ensamble de todos los factores hemos de señalar el movimiento y el ritmo de la acción acordada siempre a las demandas y características de cada escena; la colocación armónica de los personajes; el medido

destaque de cada intérprete en la ocasión requerida.

El movimiento teatral habanero ha de agradecerle a Cuqui Ponce de León la lección de didáctica de la escena que nos ofrece al obtener resultados semejantes con verdaderos novicios, niños y adolescentes en su mayoría. Sobre todo si anotamos la integridad histriónica de la faena de esos actores infantiles, espontáneos y deliberados a un tiempo; ficción genuina sin perjuicio de la naturalidad requerida, cosa que muy pocas veces logran los niños en la escena y suelen resultar carentes de ficción y artificio, o fecánicos y afectados más allá de al convención estética.

Barbarita González merece la primera mención por su aguda y sostenida interpretación de Cristina, la adolescente eje de “El cuarto lleno de rosas”. Verla en su difícil papel, demandador de un amplio repertorio expresivo a escala con las emociones y actitudes de Cristina, es ocasión de verdadero gozo para quien guste del teatro. Hay intención y sentido en cuanto dice, en cada gesto, en cada actitud; más sentido de las proporciones y la armonía para no ir más allá de lo justo. Es toda una promesa de gran actriz.

Martha del Río, también adolescente, colmó las arduas demandas de Jane Hewitt. Ni un solo momento dejó de estar en situación y mantuvo sin caídas las características de su personaje. Posee sentido de lo cómico y del matiz.

Eduardito González, el más pequeño de los intérpretes, realizó una labor siempre entonada aún en los pasajes más difíciles; en las transiciones de mayor complejidad.

En el jovencito Dick Hewitt hace Carlos J. Badias, jr. una caracterización muy cuidada y responsable y da a cada momento el acento propio. Y ello no obstante las numerosas variaciones del personaje. Acertada en modo singular la transición del último cuadro, cuando reprocha su actitud a Cristina.

En Willamy, la sirvienta negra que es como un miembro de la familia, acierta decididamente Carmen Scott, una de nuestras actrices con mayor devoción por su arte.

Martha Falcón hace ceñida interpretación de Nancy Milton, acompañada en la exactitud y la ponderación por Sergio Corriere. Muy bien, asimismo, Luis Oquendo en su única actuación; en el último cuadro.

Nena Acevedo es actriz con oficio, sensibilidad e inteligencia, talento flexible que le permite acertar en lo trágico y lo dramático y en lo cómico logrando siempre el matiz exigido por el personaje y la situación. Su caracterización de Grace es ejemplo de ello.

“El cuarto lleno de rosas” es uno de los aciertos incuestionables del movimiento teatral habanero en 1956.